

Caliope

LAS LOBAS DEL OTOÑO

J. L. FLORES



Calíope: Las lobas del otoño

© José Luis Flores

© Loba Ediciones Ltda.

Nueva Tajamar 481, Oficina 1403, Torre Sur

Las Condes, Santiago de Chile.

Teléfono: (56 2)32109829

www.lobaediciones.cl

Diseño y diagramación: Carolina E. Varela

Ilustraciones: Ángela González

Registro de propiedad intelectual: 310.147

ISBN: 978-956-7388-11-0

Primera edición: diciembre 2019

Impresión: Dimacofi Negocios Avanzados S. A.

Impreso en Chile / *Printed in Chile*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Podemos perdonar fácilmente
a un niño que teme a la
oscuridad; pero la real tragedia
de la vida es cuando los adultos
temen a la luz.

Platón

Ustedes y nosotros

Sobre la tierra siempre han vivido dos especies muy parecidas: ustedes y nosotros. Humanos y subterráneos. Similares y distintos, como lo puede ser un mismo paisaje durante el día y la noche. No te sorprendas, ustedes siempre han sabido de nosotros. Han intentado clasificarnos, meternos en sus viejos grimorios, pero siempre ignorando nuestra verdadera naturaleza. Nos han llamado de muchas maneras, algunas veces denostándonos, otras alabándonos como dioses. Nos han llamado «hadas», «desviantes» y «engendros». En algunas ocasiones trabajamos con los humanos, como en Persia, donde fuimos llamados «Peri» y asistíamos en los templos.

Pero hoy, al igual que cientos de pueblos aborígenes, perdimos nuestro mundo. Nuestros pequeños principados fueron absorbidos por la razón del hombre y el frío



del acero. Avalón, Tule, Agartha... todos esos nombres que hoy te suenan a fantasía, a mí me suenan a historia. Como fuese, dijimos adiós a los viejos títulos, nos transformamos en refugiados, aliados de algunos gobiernos, enemigos de otros.

Este no es un mundo de blanco y negro. Los buenos y los malos se confunden, formando un nuevo gris. Somos menos que los humanos, pero aun así somos muchos. Ni siquiera yo tengo claro cuántos. Por eso se creó una institución compuesta por ambas razas y apoyada por la ONU. La llamaron Agencia de Nunca Jamás. La cosa era clara: si queríamos colaborar e integrarnos, pues tendríamos que seguir ciertas reglas, como no comernos al vecino.

A pesar del nombre alegórico a Peter Pan, la organización es un asunto muy serio. Controla cadenas de tiendas, estudios cinematográficos, ligas deportivas y hasta tiene su propio banco. Ha hecho parques recreativos donde aquellas hadas que no pueden trabajar en el mundo real pueden ser productivas o algo así.

Por supuesto, esto de convivir con humanos es complejo. Por eso los viejos carcamales siguen las tradiciones que heredaron de sus ancestros. Esos grises y gruñones se rigen por el Consejo en las Sombras, el que busca preservar nuestras costumbres, pero que ha perdido bastante peso por estos días.

No todo es tan malo. Para alegrarles la vida y resolver sus problemas estoy yo: Calíope. Soy algo así como la única agente buena de Nunca Jamás. El mío es un negocio difícil. La ciudad está llena de ciudadanos diversos, migrantes desplazados de sus lugares de origen.



Latinos, árabes o coreanos... la puerta no está cerrada para nadie. Es que el mundo da vueltas y en cada una de ellas se cae una persona. Yo debo recogerlas, aliviarlas y darles justicia.

Me gusta pensar que soy la *sheriff* de un viejo pueblo del oeste, pero, claro, mi apariencia es mucho más práctica que heroica. Me oculto detrás de un impermeable viejo de mi padre, así disimulo mi contextura, más bien pequeña. Además, están las cadenas, las cuales fueron regalo de alguien muy viejo. Las hicieron para blindar al desposeído, pero yo les doy un mejor uso. ¿Conocen al Hombre Araña? Pues yo soy algo así como una versión más coqueta de él.

Pero si todo lo anterior falla, llevo un bastón forjado en acero artúrico, el que uso para contrarrestar el que mi pierna derecha es casi en su totalidad una prótesis de bronce. Lo lindo, claro, es que brilla en las noches de luna llena. Estoy pensando en que me puedo arrendar para fiestas y cumpleaños.

Suficiente con las presentaciones. ¿Entras o no?



PRIMERA PARTE





¿Quién le teme al lobo feroz?

I

El verano debería estar muriendo, pero el sol se resiste a perder su dominio. Solía odiar marzo, era la época en que se acababan las vacaciones y volvíamos al colegio. Son las dos y cuarto de la mañana, pero se siente como si fueran las tres de la tarde. El termómetro sigue pegado en veintinueve grados.

A pesar de que es miércoles, la calle aún está poblada. El calor nos transforma en animales nocturnos. Camino como una más. Nadie me nota, salvo por un par de chicas que se dan vuelta a mirarme. «No eres tú, es el glamur», me digo. Los humanos suelen prendarse de esta especie de magia hereditaria que llevamos. Esto es especialmente verdad entre los solitarios, los sensibles y los locos: mi tipo de gente. Pero estoy trabajando, el placer debe esperar.



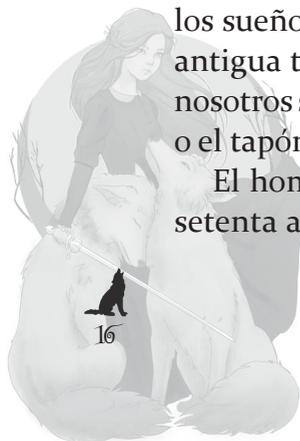
Me escondo entre los delgados callejones del centro. Me abro paso entre parejas clandestinas, mercaderes de rarezas y traficantes de locura. Estoy buscando a un cliente. Bueno, era mi cliente en mis tiempos como independiente. Hoy vengo por un asunto de la agencia.

La pulga blanca es un bar escondido. Su clientela es exclusivamente subterránea, aunque cada cierto tiempo algún humano infeliz cruza sus puertas buscando el objeto de su obsesión.

El lugar hiede a trago añejo y varios perfumes que no logro identificar. Un bailarín se mueve grácilmente sobre un pequeño escenario. Tras él y en las sombras se encuentra un diminuto pianista que toca algo parecido a un *blues*. Las luces caen sobre mí y los clientes por igual, tiñéndonos de azules y medios tonos.

Marlón Braukos, el propietario, fue quien me llamó. Es un deimos, un ser con el cual hay que tener cuidado. En la mitología griega, Deimos es el hijo de Ares y Afrodita y el hermano de Fobos. La personificación de la turbación y el terror. Lo cierto es que es bien poco probable que los ancestros de Marlón sean tan nobles, pero sus poderes son muy reales. Su aura espanta y pone los pelos de punta. Mi padre decía que nunca hay que mirar a los deimos a los ojos, porque son capaces de implantarte pesadillas, lo que es una soberana lata, pues los sueños son la conexión de los subterráneos con la antigua tierra de la que venimos. Las pesadillas para nosotros son algo así como el taco de las siete de la tarde o el tapón en la bañera. No nos dejan fluir.

El hombre en cuestión es mayor, debe bordear los setenta años. Al quitar su disfraz de humano, revela



que su piel está ajada y gris. Sus ojos están hundidos tras un cráneo grande, de apariencia rocosa. El resto de su cuerpo está bastante bien mantenido, de manera muy griega. Podría ser la envidia de muchos modelos y fisiculturistas.

Lo miro y no puedo contener mi bocota:

—¿Qué usas? ¿Esteroides?

El anciano me mira con cierta simpatía. La pregunta está fuera de lugar, pero estoy adulándolo y estos viejos dioses aman un poco de dulzura en su vida.

—Sólo ejercicio —dice sin darle más importancia—, pero no has venido a comparar bíceps, *mediasangre*.

Ese es otro problema con los viejos: no se adaptan a los nuevos tiempos ni a la nueva gente. Soy una *mediasangre*, mitad humana y mitad trol, es verdad, pero también soy ciento por ciento eficiente, así que me marcharé ante cualquier otro chistecito de la vieja guardia.

—No —digo con seriedad—, vine porque se reportó una desaparición, pero no de manera oficial, ¿estoy equivocada?

Él menea su cabezota para negar mi punto. Mira hacia varias direcciones y, cuando está seguro de que nadie lo ve, saca una pequeña foto. Es una polaroid y en ella está plasmada la imagen de una dama de apariencia bastante humana. Vaya, para aparentar ser un viejo conservador, tiene gustos muy de la nueva era. La mujer parece tener casi cincuenta años, quizás algo más. Su pelo está teñido de rojo oscuro, pero puedo adivinar que era castaño natural. Su rostro tiene surcos, de alegría y también de los otros.

—Su nombre es Marianela.



—No es una de nosotros —digo sin despegar la vista del retrato—, pero supongo que sí sabía lo que era.

Puedo ver el dolor y la vergüenza en su rostro. Muy a su pesar, él le contó la verdad.

—Uno no elige a quién amar —dice algo derrotado—. Era una clienta frecuente. En un comienzo venía con un grupo de amigas, ondinas en su mayoría, pero luego comenzó a venir sola. Nos conocimos y una cosa llevó a la otra.

—Y un día dejó de venir.

Vuelve a darme la razón. Entiendo, no necesito que me explique más. La mujer no está en su hogar, sus amigas no saben nada. No están mintiendo, porque el viejo usó sus poderes con ellas y no obtuvo mucho más de lo que ya sabía. El reverso de la foto tiene la dirección de la mujer, misma que anoto en mi propia libreta, en el viejo idioma de mi padre. No será un caso complejo, puedo hacerlo.

El anciano cara de muro se sirve un vaso de gin con agua sin ofrecerme nada, pero no se lo lleva a la boca. En vez de eso, sigue hablando.

—Los humanos no entenderían, me llenarían de preguntas que no puedo ni quiero responder.

Quiero decirle que no puedo ayudarlo, que no me compete. Quiero explicarle que ya no soy una detective privada. Sin embargo, no tengo el corazón para hacerlo. Además, las desapariciones son mi especialidad, así que agarro su trago y lo hago desaparecer en mi garganta.

—Salud —dice.

No le contesto y, simplemente, me voy del lugar. Él ha entendido que tomaré su caso y yo entendí que, en realidad, no me gusta el gin.

